



El País de la infancia inmóvil

Yo podría decir que lo que tengo para contar es sobre la tierra. Y todavía podría tomar caminos más cortos y obvios y afirmar que lo que tengo para contar es sobre las casas. En verdad es por donde pasé, por donde fui llamado. Una llamada que vino primeramente de las tierras húmedas, de las tierras deseosas de cariños, sedientas por vivir otras formas. Fui llamado por granos a los cuales, por su increíble plasticidad, les fue encomendada la misión de ayudar a los humanos a crear mundos imaginarios. Ayudarlos a comprender la incommensurable realidad que los abraza y que muchas veces les causa un miedo antropocósmico.

Atendiendo la llamada de los granos de la tierra me vi juntando liana, barro y madera.

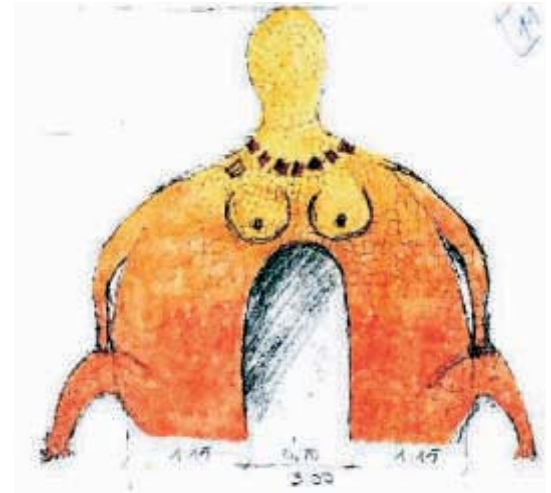
Me vi levantando una casa. Una casa de tierra. Y ya no pude más escapar de todo lo

que esta casa tiene para contarme. Es que “cuando nos acordamos de las “casas”, de los “aposentos”, aprendemos a vivir en nosotros mismos” (G.B-197). Al tocar en el barro, yo consecuentemente tocaba en mi casa. Al abrigarme en las formas de la tierra, me abrigaba en mi cuerpo.

¿Estaba preparado para todo eso? Digo: no exactamente para la construcción de esta casa de barro, pero sí para todo lo que ella me haría pensar, recordar y sentir. Ya que “nuestra alma es una morada” (GB 197), la tierra y la casa me llevarán al silencio de alma.

Hoy yo sé que lo que tengo realmente para hablar es sobre eso, sobre este espacio en que entré, sobre este espacio que en mí entró. Un espacio. Un lugar donde el “País de la Infancia Inmóvil” del que habla Bachelard fue reencontrado.

Fue en este espacio donde reencontré a este pensador peregrino de mundos imaginarios y que otra vez más entró por mis poros sin avisarme. Cuando vi, ya estaba él convidándome a participar de sus espacios antro-po-cósmicos a los cuales el devaneo poético nos lleva. Acepté el convite y luego me vi como verdadero arqueólogo de soñadoras imágenes, observando e intentando comprender lo que las cosas tienen para decirnos.



Primer día de la construcción
Determinar los puntos alrededor del centro.
24 palos largos son la base de la construcción..



Para aquellos que tienen curiosidad en saber dónde está el "País de la Infancia Inmóvil", digo que Bachelard lo encontró en las gavetas, en las conchas, en los armarios, en los cofres, en las florestas... En el fondo este país está allá, en aquel espacio donde ocurre la comunión entre recuerdo e imagen, entre memoria e imaginación. ¡Quién sabe si es allá donde está la tranquilidad anti-humana, donde está el inmemorable... donde están los campos perdidos, como el mismo peregrino Bachelard dice! Éste es el mundo de una mirada infantil que no envejece, que contempla la cosmicidad de la vida. Un espacio inmemorable, eterno. En el País de la Infancia Inmóvil, entramos y salimos de él y entra y sale de nosotros, sin muchas veces darnos cuenta. ¿Tendrá forma este espacio? ¿Tendrá tiempo? Cuando percibimos, estamos en él, y él en nosotros. Allá estamos en la Poética del Espacio, del devaneo.

¿Será un espacio mágico? ¿Una puerta que se abre a una dimensión poco conocida? ¿Será este portal el País de la Infancia Inmóvil una dádiva para conciencias ingenuas?

En el espacio de la Poética del Devaneo de Bachelard la imagen existe antes del pensamiento. Y para alcanzar este espacio tal vez sea "...preciso entonces que el saber se acompañe de un igual olvido del saber."(GB194).

Para mí el (re)encuentro de este espacio se dio por medio de la construcción de un

rincón. Y en él, una voz rezó dentro de mí: "¡llévame caminos!". Eran los granos de tierra deseando nuevas formas, deseos de nacer y hacer nacer. Convocaron mis manos y otras manos para que gestásemos una madre que nos acogiese en su vientre y nos llevase, pequeñitos, al País de la Infancia Inmóvil.

Fue necesario abrazar y amasar la tierra. También fue necesario subir por una escalera de caracol que nos hiciera vernos como pequeños insectos haciendo su morada de barro. Fue así que este portal se abrió y que la escalera se volvió un cordón umbilical.

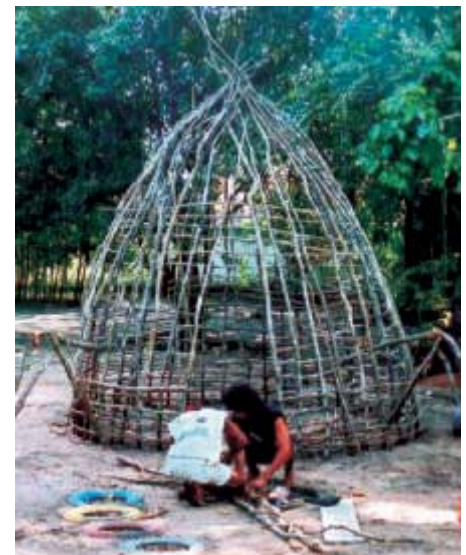
Concebimos una Madre. La Madre. Dentro de esta Casa Mãe Terra, el barro era la carne; la madera, los huesos; y las lianas, las venas. Renací en el silencio moldeador, la imaginación se abrió y encontró recuerdos. Estaba en el País de la Infancia Inmóvil.

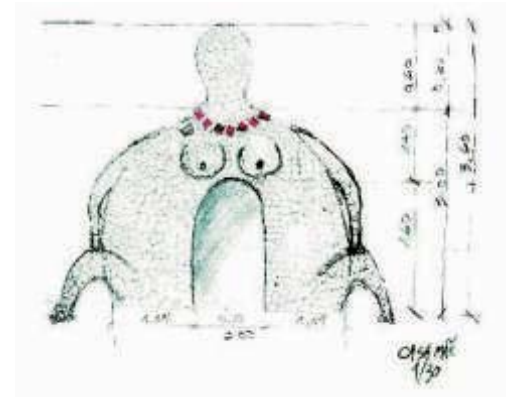
¿Será que escuché la voz de la abuela del barro? ¿Habría visto a la mujer de barro, a la mujer pote? ¿Me habría sumergido en las entrañas de la tierra y la habría visto como una gran madre de barro? ¿Habría subido al cielo y volado por los aires y me habría sentido como polen en busca de morada?

Yo podría verificar, buscar explicaciones racionales, pero "la verificación hace morir a las imágenes."(GB254). Y las imágenes son pequeñas historias que vivimos. Unas ligadas a las otras y nuestras vidas se con-

vierten en cuentos. Y nuestros cuentos "imágenes" algún día tienen que ser leídos por nosotros mismos, vistos por el prisma de una mirada macroscópica. Un ojo allá encima y nosotros aquí abajo caminando, buscando rutas, rumbos. Pues, "una simple imagen, si es nueva, abre un mundo. Visto desde mil ventanas de lo imaginario, el mundo es mutable. Con un detalle poético, la imaginación nos coloca delante de un mundo nuevo" (GB 285).

Adentro de la Mujer Pote, de esta casa de barro, me pude imaginar pequeño otra vez. "La imaginación miniaturizadora es una imaginación natural... aparece en todas las edades del devaneo de los que nacieron soñadores." (GB294). Así, viéndome como





pequeño vaga-mundo, la Tierra pareció tomar curvas. Mis pequeños pasos de niño-histórico delante de la antigüedad de la línea del Tiempo ya no tuvieron prisa y las hormigas me enseñaron sus ciclos, sus vicios, sus moradas de tierra. Los pasos de niño-histórico me dieron calma para ver la avispa-alfarera moldeando su casa-pote, su nido circular hecho de barro.

Ya decía Bachelard, en la Poética del Espacio, que “la lupa del botánico es la infancia reencontrada.”(GB298). Y fue esto lo que me pasó. La pequeñez como niño-histórico me permitió entrar otra vez en el

País de la Infancia Inmóvil y el ojo que me veía desde allá de las alturas me ofreció visión para percibir otros matices de aquí, de la Tierra.

...Es, caro Bachelard: pensé que iba hablar sobre la tierra, pensé que podía hablar sobre nuestras casas y cuando me vi, maestro peregrino, estaba viajando a un País, a un espacio que me enseñó que la Infancia Inmóvil es percibir que “tomar la lupa es prestar atención...” ...”Pero prestar atención, ¿no será, poseer una lupa? La atención es por sí misma una lente de aumento.” (GB 300)

Este artículo es el resultado de una reflexión sobre el libro *La Poética del Espacio* de Gaston Bachelard. Por otro lado esta poética se refleja en la belleza de algunos mitos amerindios recogidos por Claude Lévi-Strauss en *La Alfarera Celosa*. Por fin esta mito-poética encuentra espacio en la experiencia escultórica y arquitectónica de la construcción de una casa de barro con la forma de una mujer pariendo localizada en el Parque Estadual Dunas de Natal, en Río Grande do Norte, Brasil.

Fue la vivencia en las palabras de Bachelard y Lévi-Strauss y la lectura de la experiencia escultórica y arquitectónica de la Casa Mãe Terra los que posibilitaron que este texto naciera para invitar a los lectores a un devaneo poético en el País de la Infancia Inmóvil.

Palabras-clave: devaneo, espacio, tierra y casa.

(Bachelard, Gaston. *A Poética do Espaço*. São Paulo: Abril Cultural, 1978.

Lévi-Strauss, Claude. *A Oleira Ciumenta*. Lisboa: Edições 70, 1985.)

Mauricio de Camargo se ha Formado en Ciencias Sociales en la UFRN y se está doctorando en la Facultad de Bellas Artes de Granada-España.

